

REPORTAJES HISTÓRICOS

¡Las banderillas del VITI en EL CHOFRE!

PACO CAÑAMERO

Emulando al genial Carlos Gardel en su tango: *'Las nieves del tiempo blanquearon mi sien'*, en el toreo el paso de los años abona la besana de la añoranza al hurgar de nuevo sobre el recuerdo del ayer y recordar una vida que ya no volverá.

Surge ello gracias a una pintoresca rememoranza que tuvo como protagonista a Santiago Martín 'El Viti' cuando se presentó en El Chofre, la vieja plaza de San Sebastián. En aquel recinto, tan señorial como hermoso, que rezumaba tanta torería, un buen día debutó El Viti cuando era becerrista. Y gracias a su buen hacer entusiasmó tanto a la gente, como también a la crítica donostiarra, que a la mañana siguiente, sus crónicas se hacían eco de su triunfo, pero especialmente de los aplausos logrados en el iterio de banderillas!

Hoy, este éxito, a muchos les sonará raro, sobre todo porque del Viti ha quedado el recuerdo de un torero dotado con una poderosa y maciza muleta. A la par que fue dueño de una pureza ausente de superfi-

» EL VITI, CUANDO DEBUTÓ EN SAN SEBASTIÁN, EN 1957, SIENDO TODAVÍA BECERRISTA, CAUTIVÓ A LA GENTE Y A LA CRÍTICA LOCAL POR LO BIEN QUE BANDERILLEÓ

cialidad y de concesiones al adorno. Pero lo cierto es que al maestro de Vitigudino en sus inicios le encantaba banderillar y lo hacía tan bien que, en su primera época, se ganó muchas ovaciones. Porque, hasta aquella grave cogida de Céret que le hizo abandonar los palos para nacer la personalidad de sus exquisitos naturales, las banderillas formaban parte de su repertorio.

SU PRESENTACIÓN en El Chofre se produjo el 19 de junio de 1957, un sábado de Corpus. Aquel día, el desconocido novillero que se anunciaba como Santiago Martín 'El Viti' (un apodo que no convenía a nadie) fue contratado para actuar en una becerrada en San Sebastián, en la que se produjeron unas circunstancias que han permanecido vivas, para siempre, en su recuerdo.

Aquella soleada mañana inolvidables vivencias se abrían en el esportón humano del muchacho. De un muchacho que llegó a San Sebastián y, una vez acomodado en la fonda, lo primero que hizo fue visitar a una familia de Vitigudino, amiga de la suya y emigrante en el barrio donostiarra del Antiguo, a quienes les llevó como obsequio el pan de una tahona de su pueblo, para que recordasen a su terruño natal desde la morriña de la distancia.



Mucho antes de que pasara a la historia por la grandeza de su muleta, quedó la anécdota de las banderillas / LIFE

Habitual en la Semana Grande de San Sebastián

Tras la anecdótica presentación, tan jaleada en las banderillas, en los años venideros la presencia de S. M. 'El Viti' fue habitual en El Chofre. Sería en la Semana Grande de 1960 cuando se presenta en una novillada picada, en la que alternó con dos habituales compañeros de entonces, Paco Herrera y Antonio de Jesús, quienes se enfrentan a reses charras de Arranz. No hubo suerte en esa puesta de largo porque la mala suerte se ceba y resulta herido por el primero, lo que le impide continuar la lidia. Al año siguiente, recién alternativo, debuta El Viti como matador en San Sebastián y de nuevo resulta

cogido. Era el 19 de agosto de 1961 y torea con Aparicio y Ordóñez una corrida de Pablo Romero. Dicen las crónicas que esa tarde torea magistralmente al primero y San Sebastián se entrega a su arte premiándolo con una oreja. El mismo camino llevaba en su segundo, pero una cornada da al traste con su ilusión. Aunque lo principal era que El Chofre también había sido conquistado por su torería. Con sus clásicos compañeros Camino y Puerta torea el 16 de agosto de 1963 en el cartel estrella de la feria; en él se dio la circunstancia de que era la primera corrida televisada desde San Sebastián y, al fi-

nal, entusiasmó a todos por el éxito con la terna en hombros. Después, El Viti continúa frecuentando El Chofre, plaza en la que protagoniza numerosas actuaciones que han quedado enmarcadas en el recuadro de su sobriedad. Así hasta la tarde del día de Nuestra Señora de 1973 cuando estoquea su último toro con la plaza ya sentenciada de muerte. Esa tarde se enfrenta a toros de AP y comparte cartel con el mítico Luis Miguel Dominguín, quien llegó con su vestido diseñado por Picasso que lo llamaban de 'la pante-rosa', y el modesto Julián García, del que se recuerdan sus pares con el reclinatorio.

Momentos después, para el aspirante a torero que esa tarde iba a debutar nada menos que en El Chofre, se abrió un abanico de emociones que llegaron cuando, a media mañana, sus ojos descubrieron, entusiasmados, por primera vez el mar. Entonces, mientras el sol de la mañana espejeaba sobre el Cantábrico, serenamente, se apoyó sobre la banderilla del Paseo Nuevo para observar durante más de una hora su grandiosidad azul. Mientras, de vez en cuando giraba lentamente su cabeza para contemplar La Concha y, siguiendo el sentido de las agujas de un reloj, continuar por ese espectáculo de la naturaleza que se presentaba ante sí con el islote de Santa Clara, Igueldo y, otra vez, la grandeza del Cantábrico (*San Sebastián tiene playa. Tiene Igueldo y el mejor barrio koskero*).

DESPUÉS, YA EN EL CHOFRE, el espectáculo llegó por la tarde, sobre las arenas de la añorada plaza en la que el charro protagonizó una faena tan anecdótica que hoy se recuerda con simpatía entre los viejos aficionados vascos que la disfrutaron.

Esa tarde del sábado de Corpus, el coso donostiarra abre sus puertas para acoger una becerrada (novillada económica como decían los antiguos), en la que se lidian cuatro novillos de Uranga. Junto al de Vitigudino torea, en la llamada 'parte sería', el conocido Txomin Recondo. Ambos comparten cartel con dos aficionados prácticos de Tolosa: Jozetxu Mateos y Javier Larrañaga.

(Precisamente, Txomin Recondo—hoy es titular del afamado restaurante Recondo— era el menor de la conocida dinastía, asentada en las faldas del Igueldo, que llevó tantos días de gloria taurina a San Sebastián, especialmente gracias a José María Recondo, el matador donostiarra más popular y posteriormente apoderado de mucho éxito).

Después, en el festejo en sí, lo más destacado fue el alboroto que formó El Viti con las banderillas, clavando cuatro pares que pusieron al público de pie. Esa actitud propició que las crónicas se hicieran eco de lo bien que pareaba el de Vitigudino, quien, a decir de muchos, tenía un estilo comparable al de Pepe Dominguín, Arruza, El Vito o Coelho...

Entonces faltaban todavía cuatro años para que se alzara como uno de los reyes del toreo, sobre todo gracias a la poderosa muleta maciza y dueña de una interpretación tan pura y ortodoxa, ausente de superficialidad y concesiones al adorno.

Fue exactamente como la definió el poeta Martínez Remis:

"Aquella muleta, aquella..., la mejor que hubo en Castilla, parpadeo de una estrella sobre la arena amarilla".